

# SECRETO DE CONFESIÓN

Llegaban las 12, y como todas las semanas, me sentaba en el confesionario, a escuchar a todos los feligreses que querían liberarse, que querían sentirse de nuevo buenas personas.

- Ave María Purísima.
- Sin pecado concebida.

Era Sara, venía todos los jueves, y siempre venía con un pequeño desliz que ella creía haber cometido en casa. Era muy buena chica, pero se había casado con un personaje.

- Padre, he pecado.
- ¿Qué ha pasado hija mía?
- Es mi marido, le he vuelto a engañar, me fui con mis amigas, y le dije que trabajaría hasta tarde, pero él no entiende que tengo que vivir mi vida, que hay algo más detrás suyo.
- ¿Te arrepientes de tus actos?
- De engañarle sí, pero de irme... no tanto.
- Tranquila, irte son sus amigas no es pecado, sí lo es dar falsos testimonios y mentiras, te absuelvo de los pecados- recité mientras la santificaba.

Como todas las semanas se fue contenta a casa tras rezar un par de Ave Marías, si cumplir penitencia la hacía sentirse mejor, aquí estábamos.

Acto seguido se acercó Hernando, hacía mucho que no le veía, avergonzado se arrodilló.

- Ave María Purísima.
- Sin pecado concebida.
- Padre, sé que hace mucho que no vengo, pero he robado, y he codiciado lo de otros.
- ¿Qué ha pasado hijo?
- Mi amigo, Richi, le han ascendido, ya sabes que tenía el mismo puesto que yo, pues parece que él es “más trabajador” y ahora es mi jefe. No nos mintamos, tengo envidia y le he robado- confiesa mientras se muerde las uñas avergonzado- he robado una carpeta con archivos de una reunión importante, ya sabes, para que no la tenga y le echen.
- Hijo, eso está mal, ¿no le vas a devolver los documentos?
- A eso venía, a ver si usted me ayudaba a sentirme mejor.
- Reza dos Padre Nuestros y ve con Dios- contesté, sabiendo que solo venía para quitarse el peso de encima, que no tenía ninguna intención de arreglarlo. Decir las cosas en voz alta, liberaba bastante más que los rezos, y a eso venía la mayoría.

No os voy a mentir, veía y oía muchas cosas todos los días, la mayoría monótonas, como esta, no me contaban nada nuevo, ni siquiera se arrepentían, pero yo, como sacerdote que me había hecho, tenía que hacer de escucha y hoja para el examen de conciencia.

Muchas veces deseaba un buen drama, una trifulca familiar, un engaño, o simplemente alguien que se arrepentiera de verdad.

Pero esa tarde de septiembre, mi amigo Santi, iba a dar un vuelco a todos mis jueves.

Nervioso entró en la parroquia, le vi por los huecos del confesionario, perdido. La iglesia estaba casi vacía, un par de viudas rezando y un anciano poniendo velas, parecía que a todo el pueblo.

Santi se giró y se acercó al confesionario, buscó como entrar, se veía que no sabía mucho de esto, y cuando vio la ventana se asomó.

- Hola- me saludó.
- Sin pecado concebida- sabía que era mi amigo, pero tenía que ser profesional.

Se quedó confuso a mi contestación- ¿qué? – preguntaba.

- ¿De qué quieres confesarte? - le pregunté yo.
- Ah, la he liado, y no sé dónde ir, necesito tu ayuda ¿tú no puedes decir nada no, aunque seamos colegas?

En ese momento sentí que me iba a poner en un compromiso, pero dije, como a todos los primerizos – tranquilo, es secreto de confesión, no saldrá de aquí, cuéntame que te pasa.

Tenía un poco de intriga, no sabía con qué me iba a salir, pero sinceramente, no me esperaba su contestación.

- La he matado- soltó, liberándose del problema y haciéndome cómplice- bueno, creo que está muerta, no sé, estaba inconsciente.

Yo, perplejo, intenté mantener la compostura como sacerdote, pero como amigo, esto era otro tema.

- Espera, ¿a Clara?
- Que sí tío, no era mi intención, pero me ha cabreado.
- Me estás poniendo en un compromiso Santi, ¿qué ha pasado? - le preguntó como siempre que confesaba.
- No puedes salir de ahí, es que me da mal rollito.

Abrí la puerta y salí, le miré con una cara de, la que acabas de liar guapo, pero no podía reírle, estaba descompuesto y temblando.

- Tira pa' la sacristía.

Le di un vaso de agua y se sentó, mientras me contaba el percance.

- Que chula esta copa Roberto, si tiene diamantitos- decía entre risas para quitarle hierro al asunto.
- Calla y cuenta.

Se puso serio, dio un sorbo.

- A ver, volvíamos de la calle, había ido a buscarla a casa de su madre para comer juntos, que hoy es nuestro aniversario.

Yo asentía atento.

- En el camino ya estaba el ambiente tenso porque el otro día me pilló colocado, y claro, no le gusta que fume y tal.

Yo peinándome con los dedos le interrumpí sarcástico- tío, igual tenías que venir a confesarte más a menudo.

- Bueno, a lo que vamos, ella estaba enfadada, y me sacó el tema, yo no quería hablar de ello asique pasé de la riña, pero ella solo se ponía más nerviosa. Me estaba chillando y cuando entramos en casa me obligó a tirar toda la hierba que tenía. Obviamente, no lo iba a hacer. Me calenté yo también. Ella se iba a ir, pero la agarré, y de repente estaba en el suelo, inconsciente, no paraba de salir sangre de su cabeza. No sé cómo ha pasado ha sido muy rápido- se toca la cara y se encoje, como el que no quiere saber.
- Pero tííío, ¿cómo se te ocurre?, ¿vas fumado ahora?
- Que va, que va, que fue el sábado, que estuve en la Tarrada.
- Vale, a ver, vamos a tu piso, tenemos que ver si Clara está consciente.
- ¿Qué dices?, si vamos nos van a relacionar con todo esto.
- A ver, mente fría, si es tu piso, y tu novia está muerta en el suelo sin ti, ¿quién crees que va a ser el primer sospechoso? - le dije a dos palmos de su cara.
- Bufffff. Estoy acojonado tío.
- Vamos anda, que cojo el coche de la parroquia.

Llegamos al piso, antes de abrir la puerta, vimos que tenía sangre. Nos miramos y dije

– ¿Se dio con la puerta?

Él no sabía contestarme, se sacudía el cuello de la camiseta acalorado, y con la cara pálida abrió la puerta.

- Joder- se me escapó, pero normal, a ver como reaccionas si al abrir la puerta casi pisas el charco de sangre que sale de la cabeza de tu amiga.
- Te lo he dicho, está muerta- lloraba sin llorar.

Yo, en shock y rezando por lo bajo estaba convencido de que elli, que se había ido con Dios, sin tomarla el pulso siquiera, solo con ver el gran charco de sangre bajo su cabeza y la cara blanca, descompuesta.

- Hay que deshacerse de ella. Me duele decirlo- me hablaba entre lágrimas- pero soy un asesino.
- Santi no, hay que llamar a la policía. – contestaba sin parar de mirarla.
- Que me van a meter en la cárcel, que soy una mierda de persona, que he matado a mi novia, soy un psicópata- se llamaba entre gritos.

Mi moral estaba dividida, ella estaba muerta, pero a mi amigo aún podía salvarlo.

- Me estás poniendo en un compromiso, ¿cómo quieres deshacerte de esto?, puede ser defensa personal, yo que sé.
- Pues como en las pelis, ¿no?, la enterramos en el descampado.

Estas ideas me parecían una locura, no quería enfrentarme a esto, no quería tener que decidir entre creencias o amistad. Pero ahí estaba, la respuesta estaba clara, le veía acojonado, dando vueltas, viéndose ya en los juicios por asesinato. Y es que en mis creencias también está ayudar a mis amigos, así que olvidándome de toda moralidad, le contesté.

- Vale, vale, venga, tú de esta sales libre, vamos a envolverla, a Clara, bueno a lo que queda de ella. Declaraba seguro, entre pausas.
- Gracias- dijo.

Por primera vez en muchos años, sentía que alguien que había vengo a verme, estaba realmente arrepentido. Sin necesidad de rezar cuatro Ave Marías y ocho Padres Nuestros, solo, sintiéndose acogido.

Antes de nada, le di la unción de enfermos, casi más por mí que por ella.

Entre los dos la envolvimos en bolsas de basura y por el jardín la metimos en mi coche, en el coche de la parroquia, cuanta coherencia.

El camino a las afueras fue en completo silencio, no había nada que decir. A Santi, le oía sollozar de vez en cuando, reprimiendo las lágrimas, aunque con el corazón en un puño. Habíamos quedado en enterrarla detrás del cementerio, intentando reducir la cantidad de mandamientos que habíamos incumplido hoy.

A plena luz del día, serían las tres de la tarde, dos chavales de veinte años, uno cura y otro en proceso de arquitecto, cavaban, en silencio y pesarosos, un hoyo detrás del cementerio para enterrar a la novia del segundo, con el fin de salvar al menos a uno.

Al acabar, nos miramos y abrazamos durante unos largos minutos.

- Muchísimas gracias- me declaró.
- Me debes una- le contesté con una sonrisilla.

Santi cogió unas amapolas que había al lado y las puso sobre ella a modo de ofrenda.

- Lo siento Clara- recitaba entre lágrimas- lo siento muchísimo, no te olvidaré nunca, te quiero para siempre- y lanzó un beso.

Yo me limité a cantar una canción, y al acabar Santi me pidió.

- ¿Me absuelves de mis pecados Roberto?
- Te absuelvo, pero lo único que tienes de santo es el nombre.
- Santiago- comprobó en voz alta.

Nos quedamos allí, mirando al montón de arena revuelta al menos una hora más.

Cuando llegamos al piso lo limpiamos todo, nos ducharnos, para sentirnos más limpios, de alma y de sangre y nos despedimos.

- ¿Mañana nos vemos? – le propuse.

Él me respondió con la cabeza.

Esa noche no dormí, recé muchísimo, por él, por ella, por mí, pero no dormí.

Sonó el despertador, y seguí mi rutina, cosa que otros no iban a poder hacer, me cuestioné mi decisión, y acepté que era la correcta.

- Hola Rober- saludó muy temprano mi amigo.

Entramos a la sacristía, igual que el día anterior, pero con sentimientos distintos.

- La han estado llamando sus padres, el teléfono estaba en mi casa. Le he cogido, qué si la había vito.

Yo agaché la cabeza. - ¿y qué les has dicho?

- Que discutimos y se fue y ya no contestaba mis llamadas, que supuse que se había ido a casa. Lo tenía preparado. Una verdad a medias.
- Sí bueno, y tan a medias.

Salimos de la parroquia, y justo enfrente, la farola de la plaza lucía un cartel, con la cara de Clara y unas letras rojas donde se leía “DESAPARECIDA”.

Respiraron hondo, se miraron y Roberto advirtió a Santi

- Esto queda entre nosotros, secreto de confesión.